CAPITULO XIV

MUERTE DE MADRE SAN IGNACIO

Diez y nueve años habían transcurrido desde que Madre San Ignacio se entregó completamente a su amada familia. Las amargas pruebas de todo género que soportó, sin que disminuyeran su energía ni su fe, arruinaron su salud ya quebrantada desde las dolorosas escenas de la revolución. En 1818 cayó enferma, pero sobre todo después del bombardeo de 1834 resintióse constantemente de violentos dolores de cabeza, que fueron aumentando sin dejarla un momento de reposo.

A los sufrimientos físicos uníanse los sufrimientos morales, que no fueron los menores. Ya la habemos visto luchar contra las ten-

tativas que se hicieron para unir el Instituto a otras congregaciones más antiguas y renombradas; en este caso puso a salvo su obra con sus ruegos y su confianza en Dios, y luego con solicitar la protección de Monseñor de Pins, administrador de la diócesis lionesa, mientras esperaba que la aprobación de Roma pusiera de una vez para siempre a su querido Instituto en terreno seguro, reconociendo su existencia.

Preciso fué que Madre San Ignacio luchara también contra ciertas desavenencias íntimas, que no poco acrisolaron su virtud: disgustos y pretensiones que había de disipar con toda su prudencia y caridad, dificultades procedentes de algunos directores, que autorizaban actos contrarios a la Regla, y a los usos establecidos, rozamientos con ciertas personas que tenían la creencia de que su generosidad les daba amplios derechos en el gobierno de la casa. ¡Cuántas amarguras costó al sensible corazón de la Madre Fundadora la defensa de su autoridad en circunstancias tan delicadas! Pero sin transigir ni un ápice con su conciencia, supo obrar tan prudentemente que, a excepción de algún caso en que tuvo que valerse de su cargo para man-

tener las cosas a raya, ordinariamente vencía a sus contrarios con persuasiva dulzura.

Dos capellanes habían sucedido al Padre Coindre: El Padre Rey, ya citado, y el Padre Pousset. En tiempo del Padre Pousset transcurrió el último año de la vida de Madre San Ignacio. Dios, que envía las cruces según las gracias dadas a sus escogidos, quiso demostrar por las pruebas que proporcionó a su fiel sierva en este último período de su existencia el alto grado de virtud que había alcanzado. La diferente manera de ver entre el capellán y la Superiora se manifestaron con sobrada frecuencia, a pesar de la prudencia de ésta, y la que en otras circunstancias combatió valientemente para salvar la vida de su Congregación, tuvo que sostener nuevas luchas para conservar el primitivo espíritu y la debida independencia. No obstante, jamás dejó vislumbrar sus disgustos y sufrimientos que unía a los del Divino Maestro, disgustos y sufrimientos que no se conocieron hasta más tarde.

El alma de Madre San Ignacio, fuerte y dulcemente adherida al recuerdo del Padre Coindre, adivinaba sus pensamientos como por un instinto seguro y fundado en la ex-

periencia de los años; por eso resolvió poner todo su empeño para no cambiar en nada lo que el Padre había hecho o aconsejado, mas para obrar conforme a este propósito, ¡cuántas veces trituró su corazón sensible y ansioso de paz!...

Pero el fin se aproximaba; el mes de Octubre de 1836 recrudecieron las penas y los dolores de cabeza eran más intensos y continuos; ocupóse entonces en revisar sus papeles y arreglar sus cuentas; púsolo todo en perfecto orden y se entregó a la voluntad de su Dios. Dos penas le acompañaron hasta el sepulcro: la de no haber podido ver terminada la capilla y la de no poder dar la última mano a las Reglas y Constituciones que tanto deseaba ver aprobadas por la Santa Sede; mas también de estos dos pesares legítimos hizo generoso sacrificio al Señor.

El Padre Pousset fué para ella ocasión del último acto de humildad que coronó todos los de su vida.

Con palabras, tal vez un poco duras, creyó un deber suyo infundir en la moribunda temor a los juicios de Dios, y ante toda la Comunidad que rodeaba el lecho, le dijo: «Habéis recibido gracias para convertir un reino

entero. ¿Cómo las aprovechásteis? ¿Sois, acaso, un obstáculo al progreso de vuestra Congregación? ¿Qué responderéis ante Dios, que os pedirá cuenta de todo?»

Madre San Ignacio recibió este reproche con admirable serenidad, convencida de que realmente era indigna de tantas gracias recibidas del cielo, pero confesó luego que tuvo que hacer grandes esfuerzos para ahogar los sollozos que, con estas palabras, se levantaban en su pecho.

Recibió con edificante fervor el Santo Viático y la Extremaunción, y en su última plegaria pidió a Dios que su familia religiosa fuera como una humilde violeta en el jardín de la Iglesia.

El domingo, 29 de Enero, entró en agonía; el miércoles recobró el conocimiento por algunos instantes, articulando distintamente estas palabras: «¡Cuán bueno es Dios!», y el viernes siguiente, 3 de Febrero de 1837, día después de la Purificación, entregó su espíritu al Señor a las 3 de la tarde. Ultimo rasgo de semejanza con el Divino Salvador, a quien había tomado por modelo durante toda su vida religiosa.

El ataúd donde reposaba el cuerpo de la

venerada Madre y piadosa Fundadora fué depositado en la capilla que ella había hecho erigir y que tanto anheló ver inaugurada antes de su partida, pero los funerales no pudieron celebrarse allí porque el edificio estaba sin terminar.

Acompañaron el fúnebre cortejo muchísimos parientes y amigos de la difunta, que unían sus lágrimas y sollozos a los de las niñas y huérfanas, manifestando así el dolor que sentían por la muerte de la que amaron como verdadera madre y veneraban ya como santa. Dirigióse el fúnebre cortejo a Loyasse, donde la Comunidad había adquirido un terreno en propiedad. Más adelante construyeron una cripta donde con ella fueron inhumados los restos de once Madres y Hermanas fallecidas antes de Madre San Ignacio.

CAPITULO XV

DESPUES DE LA MUERTE

La venerada Madre Fundadora de la Congregación de Jesús-María dejó de existir, pero su obra no ha muerto; esta obra para cuyo establecimiento había sido elegida por Dios, y a la cual había consagrado todas las energías de su vida, florece hoy y fructifica en el ardín de la Iglesia. A la muerte de su Fundadora, se abrió para la Congregación una nueva era de prosperidad y de bendiciones. Sus hijas habían, ciertamente, perdido una Madre en la tierra, pero en cambio habían adquirido en el cielo una poderosa protectora que continuaba con más eficacia que hubiera podido hacerlo en este mundo, ejerciendo la noble misión de velar sobre ellas y rogar por ellas.

El primer testimonio de esta maternal protección fué la aprobación de la Congregación y de las Constituciones por la Santa Sede.

A menudo, durante su vida, la venerada Madre Fundadora había manifestado este deseo, pero Dios, en sus designios, no le dejó ver la realización de sus proyectos.

En el año 1841, la reverenda Madre San Andrés, que sucedió como Superiora General a la reverenda Madre Fundadora, y la Madre Santa Teresa, su Asistenta, se decidieron a realizar el proyecto tanto tiempo acariciado, y recurrieron a Roma.

Siguiendo el consejo del Cardenal de Bonald y para evitar confusiones, el nombre de la Congregación fué ligeramente modificado, y en lugar de Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María, se decidió que en adelante se llamara Congregación de Jesús-María. (1)

Bajo este título fué aprobada por la Santidad de Pío IX, el 21 de Diciembre de 1847, con el Decreto firmado por el Cardenal Orioli, entonces Prefecto de la Congregación de Obispos y Regulares.

(1) Ordenación de S. E. el Cardenal de Bonald, el 4 de Febrero de 1842.